Suelta la nave, que la hermosa Venus
Que de la mar salió, las velas corvas
Dirigirá en la mar: suelta la nave,
Que el viento hará felice tu derrota.

El mismo Cupidillo, no lo dudes,
Gobernará el bajel puesto en la popa:
El será quien con tiernas manecitas
Las velas suelte, ó cauto las recoja.

O si quieres huir adonde Safo
Jamás te vuelva á ver (bien que en mi contra
Nada hallarás, ingrato, que te obligue
A que tu fuga y mi morir dispongas);

Avíseme á lo menos, ó inhumano,
De tu mano una linea matadora,
Que mi único remedio es muerte cierta
De Léucate buscar entre las ondas.

HEROIDA DECIMASESTA.

ARGUMENTO.

Páris, llamado tambien Alejandro (que significa auxiliador) á quien Venus habia ofrecido la beldad de Helena, esposa del rey Menelao, fue recibido y honrado por éste en Lacedemonia á donde navegó desde Troya. Teniendo Menelao en aquella ocasion que ausentarse á Creta, recomendó su huesped á su esposa Helena, á la cual Páris, aprovechando la ausencia del rey, escribió la siguiente carta ponderándole su amor, y valiéndose para persuadirla de los medios que en semejantes casos acostumbra emplear la seduccion.

PÁRIS

Á

HELENA.

Salud te envia el hijo de Priamo,
¡O divina beldad! en estas letras:
Salud ¡ay! que de tí tan solo puede
Recibir quien á tí te la desea.

¿Hablaré? ¿ó el incendio en que me abraso
No necesita ya mas claras señas
Para darse á entender, y el amor mio
Mas claro es ya que lo que yo quisiera?

Quisiera á la verdad disimularlo
Mientras mas oportuno un tiempo venga,
En que ya no mezclados los placeres
Con los temores y las dudas sean.

Pero ¡ay! ¡cuán mal lo callo! ¿mas qué amante
Ocultará la centellante hoguera
Del encendido amor, que por sí mismo
Al través del silencio se demuestra?

Mas si acaso, que añada las palabras
A los indicios de mi amor esperas,
Yo me abraso ¡ay de mí! sí, yo me abraso;
Ya tienes mi osadia descubierta.

Perdona á quien se acusa á tí culpado,
Humilde te lo ruego; y lo que resta
No con ceño lo leas, sino blanda,
Cual conviene á beldad tan hechicera.

Tiempo ha que me deleito, imaginando
(Si mi esperanza tu bondad alienta,
Recibiendo esta carta) que yo puedo
Ser tambien recibido, cual lo es ella.

Ojalá no se engañe mi esperanza,
Y ojalá que no en vano me prometa
La madre del amor que serás mia,
Supuesto que ella mi venida ordena.

Pues, porque no lo ignores, yo he venido
Por mandato divino á tus riberas,
Y no pequeño númen favorece
La justa causa de mi osada empresa.

Gran premio á la verdad es el que pido,
Mas indebido no es, si consideras
Que con tu corazon, tu hermosa mano
Prometida me tiene Citeréa.

Con tan segura y poderosa guia
Del ancho mar las peligrosas sendas
Desde la opuesta orilla de mi pátria
Emprendí en esa nave fereclea.

La Diva concedió prósperas auras
Y favorables vientos á mis velas,
¿Mas qué mucho, nacida de los mares,
Que así en las ondas su poder ejerza?

¡Ah! ¡Siga su favor! y como pudo
Auxiliarme en las ondas, así pueda
Favorecer mi amor, dando á mis ansias
Llegar al dulce puerto que desean.

La llama en que me abraso, desde Troya
Voraz dentro del pecho se encendiera,
No aquí la vine á hallar; ella es la causa
De atravesar distancias tan inmensas.

Pues ni el contrario viento, ni tampoco
Un yerro del piloto aquí me acercan;
La Grecia, sí, la Grecia es solamente
La que buscando vino mi galera.

Ni juzgues que mis naos atraviesen
La mar para adquirir nuevas riquezas:
Guarden los dioses las que ya poseo,
Pues no cual mercader quiero acrecerlas.

Ni vengo admirador á ver tampoco
De Grecia las ciudades opulentas,
Cuando dejo en mi reino otras ciudades
De riqueza mayor y mas soberbias.

A tí buscando vengo, á quien la grata
Venus para mi esposa me ofreciera;
A tí á quien adoré rendido amante
Antes de conocer tu gentileza.

Porque antes de mirarte con los ojos
Con la mente te ví, divina Helena,
Y de tu bello rostro fue la fama
Quien me anunció las gracias la primera.

Ni que yo te idolatre es maravilla,
Herido el corazon con las saetas,
Que el poderoso Amor desde los aires
Contra mí disparó sobrado rectas.

Así plugo á los hados invencibles;
Y porque acaso contrastar no quieras
Su fuerza irresistible, con fe pura
A referirte voy lo que decretan.

Aun encerrado estaba todavia
Del útero materno en las tinieblas,
Cuando apenas turgente daba indicios
El seno maternal de mi existencia;

Entregada mi madre al blando sueño
Parecióle mirar, no sin sorpresa,
Que del grávido seno despedia
De abrasadoras llamas una tea.

Asustada despierta y se levanta,
Y de la opaca noche la tremenda
Vision dice á Priamo, quien da al punto
A los mejores adivinos cuenta.

Que arderá Troya con el fuego mio,
Todos aquellos sabios interpretan.
¿Quién duda que indicaba el hacha ardiente
El voraz fuego que mi pecho incendia?

Entre tanto mi espíritu y modales,
(Aunque todos plebeyo me creyeran,
Abandonado al campo) publicaban,
Al través de mi trage, mi nobleza.

Un sitio retirado hay en el Ida
En medio de los bosques que lo cercan,
A quien alzados pinos embellecen,
Y robustas encinas hermosean:

Do nunca las cabrillas trepadoras
Pacieron, ni las plácidas ovejas,
Ni el perezoso buey con ancha boca
Arrancó la menuda y blanda yerba.

Allí yo pensativo estaba un dia
De un árbol reclinado en la corteza,
Contemplando los mares, y de Troya
Los altos techos y muralla excelsa

Y he aqui que de repente parecióme
Pisadas escuchar que se me acercan....
Verdad es lo que digo, no lo dudes,
Por mas que el caso incierto te parezca.

El Dios nieto de Atlante y de Pleyone,
En alas mas veloces y ligeras
Que el viento, conducido, el gran Mercurio
A mi azorada vista se presenta.

Fuéme dado el mirarlo; referirte
Las cosas que allí ví, dado me sea:
De oro resplandeciente el caducéo
Del dios brillaba en la potente diestra.

Juntamente con él eran tres diosas,
Juno, la hermosa Venus y Minerva,
Que sus pies delicados imprimieron
En la grama que brota la pradera.

Helóseme la sangre, y el cabello
Se me erizó de horror. ,,Pastor no temas,"
Me dijo el dios al verme sorprendido,
Y hablando continuó, de esta manera:

,,Arbitro vas á ser de la hermosura;
,,Dirime de estas diosas la contienda,
,,Y pronuncia aquí mismo, cual de todas
,,De mas hermosa el galardon merezca."

Y añadió, porque yo no me escusara,
,,El soberano Jove lo decreta"
Dijo, y batiendo las ligeras alas
Alzóse al eter y al Olimpo vuela.

Restablecióse mi turbada mente,
Y me sentí animar de audacia nueva;
Ni ya temí con penetrantes ojos
Registrar la hermosura de las deas.

Las tres sacras beldades eran dignas
De vencer en la lid, y titubea
Mi labio al pronunciar, pues razon tienen
Para ganar su causa todas ellas.

*

Mas con todo, ya entonces una sola
Muy mas que todas me agradaba, y esta
Es fácil suponer, sin dudar mucho,
Que la que engendra los amores era.

Tan grande de vencer era el anhelo,
Que cada cual con dones y promesas
En su favor, con elocuencia suma,
Solicitaba ansiosa la sentencia.

Imperios la gran Juno me ofrecia,
Palas con el valor me lisongea,
Y yo mismo dudaba entre uno y otro
Si el valor ó el poder coger debiera.

Sonriyóse dulcísima Acidalia,
Y *no sus dones*, díjome, *te muevan:*
A Juno y Palas vieras al oirla
De súbito temor quedar suspensas.

Yo te daré á quien ames, proseguia
La diva Venus; *de la hermosa Leda,*
La hija muy mas hermosa, será tuya,
Si sabes hoy discreto merecerla.

Dijo, y por su hermosura y por sus dones
Digna de la victoria declaréla;
Y la triunfante planta hácia el Olimpo
Encaminó por la region etérea.

Entre tanto (discurro que propicia
Desde aquel punto se tornó mi estrella)
Reconocido fui por hijo régio,
A beneficio de señales ciertas.

Todo júbilo fue, todo alborozo
De Priamo el alcázar, por mi vuelta
Despues de tantos años; y este dia
Añadió Troya á sus antiguas fiestas.

Con toda la pasion con que yo ahora
Te idolatro, me amaron mil doncellas;
Mas tu sola serás, yo te lo juro,
Señora de mi amor y mis ternezas.

No solo de los próceres las hijas
Y las beldades de prosapia regia
Me amaron, que aun de ninfas inmortales
Fui cuidado y amor, porque lo sepas.

Pero ya todas en el pecho mio
Fastidio y desamor tan solo engendran,
Desde el momento que de ser tu esposo
Me anima la esperanza lisongera.

Solo á tí te miraba noche y dia
Con la imaginacion, si estaba en vela,
Y á tí solo mis ojos contemplaban
Cuando en el sueño plácido yacieran.

¿Qué hará presente tu divina cara
Si tanto me agradó sin conocerla?
Aunque á tanta distancia estaba el fuego
El pecho me abrasaba su influencia.

Ni pude ya mas tiempo entretenerme
Con solo la esperanza que me inquieta,
Sin buscar, arrojándome á los mares,
La dulce causa de mi amante pena.

La troyana segur estrepitosa
Los pinares derriba en las laderas
Y los árboles rompe, que mas aptos
Para los buques dóciles se prestan.

El elevado Gárgara crugiendo
Privar se mira de sus altas selvas,
Y el Ida levantado me ministra
Robustas trabes y útiles maderas.

Para fundar las voladoras quillas
El empinado roble se doblega,
Y de las corvas naves los costados
Con sus labrados troncos se cimentan.

Erígense los mástiles soberbios,
El velamen se afianza á las antenas,
Y en la encorvada popa finalmente
Las pintadas deidades señorean.

Mas sobre todo la divina Venus,
Fiadora de mis dichas, se demuestra,
Del tierno Cupidillo acompañada,
En la nave fugaz que á mí me espera.

Luego pues que las naves acabadas
La última mano en fin dejó perfectas,
Ansioso quise al punto del Egeo
Atravesar las ondas turbulentas.

De mis ancianos y queridos padres
La cariñosa voz, que me detenga
Rogando me pedia, mas no alcanzan
Demorar la partida ya resuelta.

Aun mi hermana Casandra, por los hombros
Esparcida la hermosa cabellera,
Cual acaso se hallaba, cuando todas
Las naves á partir estaban prestas:

„¡Adónde vas! me dijo. ¡Ay! ¡qué no sabes
„El fiero incendió que tu viage apresta!
„¡Ay! ¡qué no sabes las voraces llamas
„Que brotan esas aguas que navegas!

Cierto fue el vaticinio: ya el incendio
Que presagió su labio en mí se encuentra,
Ya del tirano amor la fiera llama
En mi sensible corazon se ceba.

Salgo del puerto en fin, y mis bajeles
Con favorables vientos atraviesan
El proceloso mar, y á tocar llego,
O peregrina jóven, tus arenas.

Me recibe en su alcázar Menelao,
Y esta dulce bondad con que me hospeda
Nunca usára conmigo, si el consejo
De los númenes sacros no influyera.

Tu esposo luego atento y comedido
Cuanto digno de verse aquí contempla,
Y en toda la estension de sus dominios,
Por complacerme con afan me muestra.

Mas yo que de mirar estaba ansioso
Unicamente tu beldad estrema,
Nada, fuera de tí, nada encontraba
Que causase á mis ojos complacencia.

Víte, quedé asombrado, y al instante
Atónito sentí que con mas fuerza
Ardiendo el corazon, se entumecia
Con nuevas y atrocísimas dolencias.

Tal hermosura, sí, tales prodigios,
Segun alcanzo á renovar la idea,
Ví en la desnuda Venus, cuando vino
A esperar de mi juicio la sentencia.

Si tú tambien de aquella lid entonces
Te hubieras presentado en la palestra,
La victoria de Venus sido habria,
Si segura sin tí, contigo incierta.

De tu rara beldad grandes encomios
Publicaba la fama pregonera,
Y no hay en todo el orbe gente alguna
Que no hable de tu rostro y lo encarezca.

No se halla en toda Frigia quien te iguale,
Ni en cuanto Febo alumbra en su carrera
Entre las mas hermosas lleva alguna
El renombre de hermosa que tú llevas.

¿Creerás lo que te digo? Pues no miento;
Cuanto de tu hermosura se pondera
No llega á la verdad: casi la fama
Deprime maliciosa tu belleza.

Yo al menos hallo mas en tu hermosura
Que cuanto habló la fama con mil lenguas,
Y al renombre de hermosa que te ensalza
La encantadora realidad supera.

¡Ah! ¡con cuánta razon el gran Teseo
Ardió de amores al mirar tus prendas!
Y si robó atrevido tu persona,
¡Cuán digna de héroe tanto fue la presa!

¡O qué hermosa debiste parecerle
Cuando, conforme al uso que se observa
En tu pátria, desnuda ejercitabas
Entre otras en los juegos tu destreza.

Yo alabo de su robo la osadia,
Mas admiro que al fin te devolviera,
Que presa tan hermosa, para siempre,
Si una vez la adquirió, debió tenerla.

Antes, sí, de mis hombros arrancára
La sangrienta cuchilla mi cabeza,
Que, si una vez llegases á ser mia,
De mi lado apartarte consiguieran.

En tan dichoso caso ¿quién osára
Arrancar de mis brazos tal preséa?
¿Ni como dividirte de mi pecho,
Estando vivo yo, sufrir pudiera?

Mas si al fin los destinos me robasen,
Sin quitarme la vida, tu presencia,
Mil estremos haria, porque al menos
Del todo inútil mi pasion no fuera.

Fueras primero mia; y si los hados
Me negasen ventura tan excelsa,
Siquiera hacerte mil y mil caricias,
Salva tu honestidad, no me prohibieran.

Sé solamente mia, verás luego
Cuan grande en adorarte es mi firmeza,
Que el fuego solo de la pira en que arda
El fuego apagará que arde en mis venas.

Tanto te amo y te amé, que por tí supe
Menospreciar imperios y riquezas,
Que la esposa y hermana del gran Jove
Poderosa, otro tiempo me ofreciera.

Y como al fin lograse de mis brazos
A tu cuello formar dulce cadena,
En nada tuve de valor invicto
De la divina Palas las ofertas.

Ni de ello me arrepiento, ni ninguno
Podrá necia llamar mi preferencia:
Insisto en mi eleccion; y en mis deseos
No se ve variacion la mas pequeña.

¡Ah! no permitas, no, muger divina,
Digna de ser buscada con mil penas;
No quiera tu rigor, yo te lo ruego,
Que inútil mi esperar se desvanezca.

No aspiro á un Himeneo que desdiga
De tus merecimientos y grandeza,
Ni te avergonzarás (puedes creerme)
Si á ser mi esposa, cual anhelo, llegas.

Si saber mi prosapia solicitas,
En el supremo Jove y en Electra
Mi origen hallarás, por no nombrarte
Otros abuelos que entre aquellos median.

Mi padre el rey Priamo en la grande Asia,
Que apenas tiene límites, impera;
Region afortunada y venturosa,
Que no conoce igual sobre la tierra.